

EL GRAN DÍA DE LEPANTO

EL GRAN DÍA DE LEPANTO

Cantemos al Señor que en la llanura
venció del ancho mar al Trace fiero...

(FERNANDO DE HERRERA: *Por la
vitoria de Lepanto.*)

Cantemos, sí, Cantemos.
Al grave son, magnífico,
de las aguas batidas por los remos,
salpicadas de luz... ¡Oh, magno día!
¿Con cuál favor tus hechos cantarías?
¿Cómo tu grande, tu solemne espanto?
¿Con qué robusto canto,
grande Triunfo, solemne, de Lepanto?
La media Luna, rota,
bajo la Cruz, se humilla.
Brilla la Cruz, espléndida, remota,
¡sobre las aguas!... ¡Brilla,
sobre los aires!... ¡Flota!
Brilla con resplandores
clarísimos, cuán puros.

Con sus rayos mejores,
 más que nunca seguros.
 ¡Cantemos al Señor! ¡Con himno mágico!
 ¡Frente á las naves de la Santa Liga!
 ¡Sobre las ondas, las del golfo trágico,
 cantemos al Señor! ¡Él nos bendiga!

*Tú, Dios de las batallas, Tú eres diestra
 salud y gloria nuestra...*
 ¡Tú! ¡Tú, mi Dios, en quien adoro y creo!
 Ora el combate su furor nos muestra.
 ¡Lo jurara! ¡Lo veo!
 Por obra, — que bendigo, —
 de visión providente, lo consigo.
 No. No luchan, tan sólo, dos naciones,
 tras fieras amenazas,
 por locas ambiciones.
 Combátense dos razas.
 Luchan, en lucha impía,
 la tiniebla, tan fría,
 la luz del Sol, ardiente.
 ¡Batallan frente á frente!
 Batallan la Verdad, noble y eterna,
 y el vil Error, vitando,
 que engaña con su error, cuando gobierna
 con torpe, duro mando...
 Batallan y batallan,
 mientras las bocas rugen
 que tanto fuego, por doquier, vomitan;
 mientras fuegos estallan,
 mientras las naves crujen,
 mientras sus hombres, iracundos, gritan;
 en gran combate horrendo,

que al mismo Sol conmueve;
 con un terrible estruendo,
 que rompe, sin cesar, el aire leve.

Bajo nieblas del humo, desgarradas,
 desgárranse también las dos Armadas;
 mientras deslumbran, al brillar en ellas,
 — rayos de muerte, — lívidas centellas.
 Me aturde el formidable cañoneo.
 Me aturde el clamoreo
 de las gentes que luchan,
 y que al luchar, bravísimas, lo escuchan;
 el fragor con que atruenan
 los disparos que suenan y resuenan...
 ¡Todo lo escucho, sí! Todo lo miro,
 bajo la gran neblina, pavorosa,
 del humo, largo y denso,
 que á tanta nave, bajo el Sol, acosa;
 que el golfo cubre, bajo el Sol, inmenso;
 cuando la nube, que sangrienta sube,
 se desgarrá á mis ojos
 con resplandores vívidos y rojos;
 cuando la entraña de la roja nube,
 trémula ya, se parte;
 cuando surge tras ella, tras sus velos,
 sobre sus anchos, refulgentes cielos,
 la roja faz de Marte.

Surge también un bélico estandarte,
 sobre galera del Señor cuán fijo.
 Por él, en campo azul, sus brazos tiende
 radiante Crucifijo.

Cual nuevo Sol esplende.
 Con luz de estrella guía.
 No, sin luz, su Armada vencería.
 Con él, por él, un himno de victoria,
 dictado por la Gloria,
 pronto resonará, de nave en nave,
 por las naves cristianas;
 himno rotundo, venturero, grave,
 que en gozosas mañanas
 dirán desde los templos las campanas.

Plácido mar temblaba de alegría
 cuando llegó para su bien el día;
 claro día, sereno,
 del Otoño feliz; de encantos lleno.
 Claro Sol, por Oriente,
 sus ansias delató, cuán impaciente.
 Doró con sus fulgores,
 vistió con sus colores,
 naves, sin fin; maltesas,
 romanas, genovesas,
 españolas, en fin, y venecianas;
 duras, grandes, ufanas.
 Sobre las limpias y celestes olas,
 encantaron al Sol las españolas.
 ¡Por bizarras, por lindas, por gentiles!
 ¡Por sus frescos encantos juveniles!
 ¡Por el gentil donaire
 con que dieran sus flámulas al aire!
 Cierta bravo Don Juan, de excelso nombre;
 perfecta copia, singular, del hombre
 más dotado por Dios, las dirigía.
 Con que, mirando naves tan hermosas,

sus tintas más risueñas, tintas rosas,
 les regaló, sin vacilar, el Día.

Pronto los buques, en que el odio late
 contra el infiel, volaron al combate.
 Buscaron, descubrieron en su asilo,
 donde buscó guarida;
 sobre el golfo tranquilo,
 y al amparo del golfo recogida,
 — con naves muchas, fuertes, —
 á la temible Armada
 del temible Selim; á tantas muertes
 y á tantos infortunios condenada.
 Y el combate empezó; duro, sangriento.
 Y el combate siguió; largo, violento...
 Y el gran combate sigue. ¡No deliro!
 Bajo la gran neblina, desgarrada,
 del humo denso, por el Sol dorada,
 lo descubro, ¡lo miro!...

Con fuego tanto, las opuestas flotas
 ya se combaten, rotas.
 Batallan y batallan,
 mientras las bocas rugen
 que tanta muerte, sin cesar, vomitan;
 mientras fuegos estallan,
 mientras las naves crujen,
 mientras sus hombres, iracundos, gritan.

«¡Bien, cristianos, luchad! ¡En grande justa!
 ¡Dios mira por vosotros! Famagusta
 venganza pide, y á los aires lanza
 lamentos que la imploran. Sus lamentos

os procuren alientos
de valor, de firmeza, de venganza.
Por Dios lucháis; por que se imponga al cabo
la Santa Ley de Dios; por que recobre
su santa libertad el mundo esclavo;
sin Él, indigno, pobre.
¡Luchad! ¡Luchad!»

Las naves se acometen
con más empuje; sin que ya, por ello,
nada miren, ni sufran, ni respeten.
Los disparos atruenan.
Los disparos que suenan y resuenan...
Sobre naves tan hoscas y bravías.
¡Desde tantas opuestas baterías!
Los largos alaridos
de los tristes heridos.
Las voces tan feroces,
— ¡oh, magníficas voces!, —
que más valor infunden;
altas voces, ¡tan altas y vibrantes!,
que retumban y cunden
como gritos de trémulos gigantes.
¡Oh, cuadro sin igual!

En una fiera,
castellana galera,
lucha noble guerrero;
por las trazas valiente caballero.
Lucha, bien esforzado;
como quien más, osado;
como quien más, certero.
Tiene vigor de roble.
Su espíritu viril, robusto y noble,
tiene temple de acero.

Cruda, fatal herida,
rasga su izquierdo brazo. ¡Poco importa!
Que no, por ello, corta
Parca fatal el hilo de su vida.
¡No ha de morir! El Cielo
que le apresta consuelo
no lo consentirá. ¡Feliz destino
le aguarda, bienhechor, en su camino!
Por tierra de Castilla,
la su tierra natal, *noble y sencilla*;
por campos de pardillos y zorzales,
entre vides y pródidos trigales,
un otro caballero
lo espera con amor; por que conciba
con su amor esperanzas;
por que al fin se conozcan; por que escriba
guerrero tal, de condición tan viva,
del otro caballero las andanzas.
¡No morirá guerrero tan osado,
del Turco vil bajo el brutal azote!
¡Lo ampara Dios, su Dios!... ¡Está á su lado
la sombra del futuro *Don Quijote!*

Las naves capitanas,
las naves soberanas,
atácanse, por fin, cual dos tormentas;
iracundas, sedientas
de sangre, por doquier; entrambas locas;
¡con crujidos de rocas sobre rocas!
Sus hombres se entrelazan,
en tanto se arremeten.
¡Para matar, para morir, se abrazan!
¡Sólo muertos, al cabo, se someten!

Ya Santa Cruz y Requeséns acuden.
Ya ni los turcos, — ¡vivan y lo vean!, —
del triunfo cierto que los vence duden.
¡Por él, al cabo, redimidos crean!
Su semi-Dios ilustre, su Almirante,
ríndese ya, ¡por fin!, agonizante...
¡Gritos mil, de victoria,
vibran y vibran por doquier! ¡La Historia
recogiéndolos va! ¡Solemnes gritos,
oh cuán altos, gozosos y benditos!
¡Oh, triunfo del Señor! ¡Oh, magna gloria!

¡Venció la Santa Liga!
¡Cantemos al Señor! ¡Él nos bendiga!
¡Cantemos! ¡Alabemos
sus designios supremos,
sus designios profundos!
¡Sobre naves guerreras y españolas
cantemos al Señor! ¡Canten las olas!
¡Los cielos canten ya! ¡Canten los mundos!

EL BUEN POETA

EL BUEN POETA

Montes de Tozo, Noviembre de 1909.

Vuelve á mis manos obra peregrina
de Gabriel y Galán; áureo tesoro.
De nuevo me acorred, églogas puras,
de tan rústico olor; ramos de rosas!
Y en esta augusta placidez del monte,
y al buen amor del encinar bravío,
— bajo el influjo bienhechor del aire
que da salud, — me conmoved de nuevo.
Sonad, en tanto, para mí, las notas
del jovial, inocente caramillo.
¿Qué música mejor para la letra
de tan dulces, dulcísimas tonadas?

¡Ah, refugio del campo, que transmites
paz del Edén! ¡Ah, trémulas canciones,
que tenéis el candor, la gallardía,
la salud de las vírgenes del campo;
los tempranos hechizos de sus cuerpos,

las gracias naturales de sus rostros,
la amenidad risueña de sus voces,
la frescura campestre de sus risas!

¡Ah, cantor de la tierra castellana,
más castellano que los rubios, densos
y generosos trigos, que recubren,
bajo el sol estival, con rico manto,
— y en largas ondas, del color del oro, —
su campo, tan feliz, profusamente!

Tú, salmantino; tú, que nos mostraste
la copia fiel, en típica figura,
del discreto varón, feliz por serlo;
tú, que tuviste la salud perfecta,
doble, por tanto: la que da sus bríos
al cuerpo vil, y la que infunde al temple
del ánimo del hombre su lozana
varonil robustez, imagen fuiste,
por designios de Dios, del buen poeta.

Todo en tu sér resplandeció, por obra
de la Divina Gracia, con destellos
de pura claridad. Tú predicaste
virtud con tu virtud, fe con la tuya.
Las excelencias del hogar cristiano,
con las grandes y santas excelencias
de tu hogar apacible, ívido y templo!
Y el amor á la Patria. Y el cariño
por el pródigo campo, tan solemne,
donde rodó, pobrísima, tu cuna:
campo insigne, de grandes horizontes,
por que en serenos, anchurosos aires,

puedan las almas espaciar, á gusto,
sus íntimos sentires sosegados.

Este, que hoy miro, campo sigiloso,
que pueblan á millares las encinas,
de tan mate verdor; que me recoge,
como en regazo tierno; que permite
que distraiga mis ojos, largamente,
por sus verdes y ricos altozanos,
— mientras me infunde, con intensos goces,
una inefable sensación de calma, —
bien al tuyo, tan noble, se asemeja.

Por él me represento que á mis ojos
van á surgir las clásicas figuras
de tus fragantes églogas: pastores
de gran talante, vaquerillos simples,
zagalillas en flor, joliendo á rosas!...
Las que tú describiste. No copiadas
por un arte servil. Hijas robustas
del Arte y la Verdad.

Bien me imagino
que el menudo sonar de las esquilas
que mi atención requiere, tan despierta,
llégame, sin cesar, de los rebaños
que tú miraste, con amor tan hondo;
que tú pintaste, con pincel tan diestro.
Que pasan, tus rebaños, por mi monte.
Que son los tuyos los que aquí me buscan
tan lozanos y alegres, todavía;
los mismos tuyos, porque tú les diste
vida inmortal, con que disfruten ellos.

Y en tanto, gozo. La lectura sigo
de tus dulces, dulcísimas tonadas;
de tus bellas, bellísimas canciones.
Y un penetrante aroma, deleitoso,
me regala su bien, y el pecho mío
con ansiedad lo siente, y lo respira.
¿Es regalo, quizás, del propio monte?
¡Quizás regalo de tus puros versos,
que á campo huelen, como el monte mismo!

Lejos de aquí, muy lejos, por ventura;
— bajo cielos brumosos, taciturnos;
en densos aires, corrompidos, pobres, —
los vates cantan del pensar vitando;
los vates yerran del sentir morboso;
maldicientes, y falsos, y blasfemos.
Los pálidos juglares. Los cantores
del vicio corruptor. Los que en ajada,
doliente meretriz hallan su Musa.
Los que inspiran sus *trovas* en el vino
del burdel y la tasca. Los que excitan
los instintos ajenos, torpemente,
con su impura neurosis, contagiosa.
Los que matan en flor el vivo anhelo
del afán de vivir, el hondo encanto
de los afectos grandes, la esperanza,
— ¡supremo bien! — ¡los torpes enemigos
de la Fe, del Amor, de cuanto puede
purificar y ennoblecer la Vida!

Nunca más, nunca más, sus agrias voces
me inquieten, me conturben. Hartos males
sufrí por ellas en horribles tiempos.

¡Ah, mis insomnios!... Ora me respeten.
Ora, que en estas soledades busco
tan sólo paz; el único, posible,
dulce consuelo por que ya suspiro;
con que mis graves penas asosiegue.

Rugen, agora, sobre el suelo patrio
vientos de tempestad. Rotos los frenos
que á toda vil procacidad contienen,
pregonan ya sus venideros triunfos
los siervos del Error, los adversarios
de toda Ley, de toda Disciplina,
de toda Autoridad; los que conciben
la existencia sin Ti, Dios de los Orbes;
— ¡oh, locura, compendio de locuras! —
hoscas, terribles, anhelantes fieras
que sueñan, sin cesar, con el momento
de herir al domador.

En tales horas,
ni al claro nombre de español aspire
quien no se apreste para el gran combate;
para morir, si Dios lo dispusiera,
por la Patria, por Dios.

¡Y en horas tales,
honda, perenne postración me rinde;
con que en vano procuro que mis fuerzas
á mis ánimos grandes correspondan!
¡Sonaran los acentos insistentes
del clarín, como nuncios del combate,
y en vano, en vano, batallar querría!
¡No concibo más bárbara tortura!

Pueda, al menos, oh Dios, desde el retiro
donde mi mal sujétame, servirte
con el débil aliento que me resta.
Si no la espada, válgame la lira,
Valerosos resuenen sus acentos,
y en trance tal para la Patria vibre
sus versos mi canción. ¡Tal como lanza
rayos la tempestad! Ellos traduzcan
mi vehemente sentir. Ellos proclamen
la excelsitud de Dios. Ellos prediquen
el amor á la Patria. Digan ellos
mis raigadas, mis íntimas ideas;
con toda la efusión de mis amores,
con todo el arrebato de mis iras;
con cláusulas de fuego, rutilantes
como chispas del Sol.

Sé, complaciente,
mi Musa, tú, destello venturoso
de la Divina Lumbre, siempre clara;
tú, cantor, castellano, de Castilla;
de voz tan pura, de virtud tan neta;
tú, modelo del noble ciudadano;
tú, cristiano, por Dios; tú, ¡buen poeta!

CANCIÓN PARA NOCHE-BUENA